

K I M W O Z E N C R A F T

# BLAS

UNA JOVEN POLICIA ATRAPADA EN EL INFIERNO BLANCO



≡ M ≡ C ≡

## Annotation

Rush, una de las novelas policíacas más sobrecogedoras de los últimos tiempos, es un testimonio descarnado sobre una realidad atroz que amenaza con disolver las fronteras entre honestidad y corrupción: la droga... Estamos en Tejas, a finales de los años setenta. Kristen Cates, una joven oficial de policía adscrita al departamento de estupefacientes, participa en una operación de vasto alcance contra un hampón que lidera los bajos fondos de una pequeña ciudad. Para obtener pruebas, Kristen y su compañero Jim tienen que infiltrarse en el ambiente de los traficantes de droga y probar diversas sustancias. El éxito de la operación es total, pero Kristen y Jim pagan un alto precio: ella, viendo derrumbarse sus relaciones afectivas y los lazos con el mundo de la normalidad; él, convirtiéndose en un adicto a la heroína. Sin embargo, los problemas de ambos jóvenes no han hecho más que comenzar: la policía local les utiliza como chivo expiatorio, el FBI les investiga y acaban siendo condenados por consumo de drogas...

Un alucinante alegato contra la ambigüedad ética de los estamentos policiales y el cinismo de quienes imparten justicia en la sociedad ultraconservadora tejana.

---

**KIM WOZENCRAFT**

*Rush*

*Traducción de Daniel Zadunaisky*

**SALAMANDRA**

## Sinopsis

Rush, una de las novelas policíacas más sobrecogedoras de los últimos tiempos, es un testimonio descarnado sobre una realidad atroz que amenaza con disolver las fronteras entre honestidad y corrupción: la droga... Estamos en Tejas, a finales de los años setenta. Kristen Cates, una joven oficial de policía adscrita al departamento de estupefacientes, participa en una operación de vasto alcance contra un hampón que lidera los bajos fondos de una pequeña ciudad. Para obtener pruebas, Kristen y su compañero Jim tienen que infiltrarse en el ambiente de los traficantes de droga y probar diversas sustancias. El éxito de la operación es total, pero Kristen y Jim pagan un alto precio: ella, viendo derrumbarse sus relaciones afectivas y los lazos con el mundo de la normalidad; él, convirtiéndose en un adicto a la heroína. Sin embargo, los problemas de ambos jóvenes no han hecho más que comenzar: la policía local les utiliza como chivo expiatorio, el FBI les investiga y acaban siendo condenados por consumo de drogas...

Un alucinante alegato contra la ambigüedad ética de los estamentos policiales y el cinismo de quienes imparten justicia en la sociedad ultraconservadora tejana.

Traductor: Zadunaisky, Daniel

Autor: Wozencraft, Kim

©1991, SALAMANDRA

ISBN: 9788478880607

Generado con: QualityEbook v0.84

woRush

# Kim Wozencraft

TÍTULO original Rush

Traductor Daniel Zadunaisky

Páginas 300

Idioma Español

Publicación 1991

Editorial SALAMANDRA

Categoría Thriller

ISBN 9788478880607

*Para John*

## PRÓLOGO

A veces, cuando dejo de concentrarme en cosas concretas, sufro un ataque de rabia que me ciega, me limita la visión, y el aire que me rodea se tiñe del color de la carne reseca.

Quiero creer que no sería capaz de hacerlo.

Estoy aquí, en lo que llaman Unidad Beta, desde hace casi seis semanas, esperando el informe de los psiquiatras de la prisión. No debo decirles nada.

Nada de lo que digan cambiará lo que siento; por mi parte, no puedo admitir ante ellos cuántas veces al día pierdo el mundo de vista y esa rabia involuntaria me asalta el cerebro.

No debo pensar en ello, aunque no sé cómo dejar de hacerlo. Pero si hablo, llegarán a la conclusión de que soy peligrosa. Llamarán a Nettle y le pondrán sobre aviso. Irán con el cuento al doctor Mossman.

Él es quien decidirá si estoy en mi sano juicio. Si piensa que lo estoy, volveré a la cárcel a terminar mi condena. Pero si me declara demente, el tiempo se detendrá. Puede tenerme encerrada aquí el tiempo que quiera, incluso toda la vida, pero ese tiempo no contará como parte de la sentencia. Si estoy loca, la ley dice que soy incapaz de comprender que estoy en la cárcel. Por consiguiente, no estoy sufriendo un castigo y el tiempo que haya pasado encerrada no cuenta. La decisión corresponde al doctor Mossman.

No soy inocente. Eso ya lo sé, sea cual sea la conclusión a la que llegue el médico. Pero cuando trato de comprender cómo vine a parar aquí, por qué acepté todo aquello, siempre vuelvo a Jim Raynor y Donald Nettle. Pero fue Nettle.

Jim no tuvo la culpa. Me enamoré de él inmediatamente, como una colegiala, con la misma lealtad ciega. Ésa fue

mi debilidad. Jim era mi jefe y mi mentor. Creyó en mí cuando yo no tenía edad para saber cómo creer en mí misma.

Cuando nos conocimos, él llevaba seis años en la policía. Sabía ser malo cuando la situación lo exigía, por eso era fuerte. Sabía afrontar la brutalidad y creía en lo que hacía. En cierto modo, lo creía. Pero comprendía la realpolitik de la compra de droga en la calle, sabía que el eje de todo era la propia supervivencia. Seguía pautas concretas. «En cada circunstancia debes arreglártelas con lo que tengas a mano», eso solía decir. Pero la suya no era una filosofía optimista.

Me hizo comprender que la eficiencia exige saltarse las reglas. Hizo de mí una policía. Gracias a él, pude sentir por primera vez en mi vida que actuaba como una persona adulta. Y desde el primer momento, desde aquel primer día, me hizo comprender el sentimiento de la necesidad.

Si hubiera sabido lo que aquello suponía, ser capaz de apagar los propios sentimientos, desconectarlos como se hace con una máquina, tal vez no hubiera presentado aquella solicitud. Es algo gradual, tan lento que uno ni se da cuenta. Las heridas, las muertes, las mentiras te van machacando hasta que un día miras dentro de ti y no encuentras nada. Un vacío. Y es terriblemente agradable no sentir ningún dolor.

No debo pensar en Nettle.

Trato de concentrarme en lo que diré a la Comisión de Libertad Condicional, si es que paso la prueba de los psiquiatras.

Les diré que fui atleta. Que participaba en carreras, que jugaba al baloncesto y en las competiciones de béisbol que organizaba la parroquia, que formaba parte del grupo de teatro y del Club Hispano, que escribía en el periódico estudiantil. Que los sábados iba a un establo cerca de mi

casa a limpiar los caballos a cambio de que me permitieran montar. Les diré que creía en Dios, que mis padres eran personas honradas que luchaban desesperadamente para mantenerse unidos y para que sus hijos tuvieran un hogar.

Les contaré que un domingo, cuando estaba en cuarto grado, no fui a comulgar porque diez minutos antes de la misa Rory Larson me había dado unos caramelos, y que preferí quedarme de rodillas con la mirada de la hermana Mary Joseph clavada en la nuca antes que mezclar un dulce con el Cuerpo de Cristo.

Trataré de hacerles entender que mis intenciones eran honradas. Y reconoceré que amaba a Jim Raynor más de lo conveniente, para mal de los dos.

Y ellos dirán: «Basta de estupideces, Cates; diga por qué la encerraron».

No soy inocente. Ahora que estoy encerrada, me consuelo pensando que si no hubiera sido por el exceso de fe, si no hubiera amado a Jim, no habría conocido a Nettle ni experimentado ese odio exacerbado que me embarga. A veces, durante la noche, me asaltan pensamientos aterradores de venganza que me revuelven las tripas y tiñen las paredes de rojo en la oscuridad.

Trato de perdonarme. Me esfuerzo por hacerlo. Algunas noches intento rezar.

En la pared, sobre la cama de mi compañera de celda, hay una placa de madera grabada al fuego que dice: ¿CÓMO CASTIGAMOS A AQUELLOS CUYOS REMORDIEMENTOS SON AÚN MAYORES QUE SU CULPA?

No estoy segura de la respuesta, pero cuando miro en mi interior, hacia esos lugares recónditos que nos enseñaron a temer, comprendo con terror y repugnancia la magnitud del odio que siento hacia Nettle. Trato de no dejarme consumir por él. Es un castigo. A veces duele como un absceso en el corazón.

El no siente remordimientos por lo que nos hizo a Jim y a mí. Ningún remordimiento. Lo que quiero es que confiese.

De noche, sentada en el borde de la cama, escucho los pasos del celador que hace el recuento de las dos de la madrugada. Se oye el tintineo metálico de las llaves que le golpean contra la cadera mientras recorre el pasillo con sus zapatos de suela de goma. Luego, una sombra se detiene tras la mirilla cubierta de tela metálica de la puerta de esta habitación, de esta jaula. Un círculo de luz ilumina la cama, recorre las mantas, se detiene en mis pies y sube rápidamente hasta mi cara. El resplandor blanco me hierde brevemente las pupilas y después se aleja acompañado por el tintineo de las llaves. Durante varios segundos contemplo las esferas amarillas que flotan en medio del cuarto, como fantasmas jugando al escondite en la oscuridad.

Y me desprecio por este afán que siento de encontrar a Nettle y poner las cosas en su lugar. Quiero dejar de sentirlo.

Pero lo siento. Dios mío, y de qué manera.

## CAPÍTULO PRIMERO

NUNCA se me había ocurrido pensar que un día llegaría a ser policía. La verdad es que no pensaba en absoluto en mi futuro. Mi abuela me decía que parecía un muchacho, y tal vez era verdad, pero pronto comprendí que algún día tendría que asumir mi feminidad, y para eso me educaron. Mi horizonte eran los cuidados jardines suburbanos de Houston y me negaba a reconocer la inquietud que me producía la perspectiva de ser una señora Mamá durante el resto de mi vida. Tal vez jugaba a ser la Cenicienta. Seguía estudios en la Universidad de Houston y trabajaba de camarera en una heladería del centro, pero siempre estaba a la espera de que alguien irrumpiera en mi vida y la cambiara definitivamente.

Fue Alton Sharply, un cliente habitual de los viernes, quien me invitó a presentarme al examen del Departamento de Policía de Pasadena. Hacía meses que venía todas las semanas, pero yo jamás sospeché que reclutara para la policía. De pie junto a su mesa, con la bandeja cargada de helados, le escuché decir «Deberías irte, Kirsten. Si sigues aquí nunca llegarás a ninguna parte».

Puse la copa de helado recubierto de chocolate caliente sobre el mantel y me alejé para servir el resto de las mesas. Cuando regresé con la cuenta, Alton me entregó una solicitud.

—Piénsalo —dijo—. Pasadena está creciendo mucho, en un par de años ascenderías a sargento.

Yo tenía apenas veintiún años, la edad mínima para acceder al puesto. Sabía que treinta dólares era una buena suma de propinas para una noche de sábado. Conocía las veladas frívolas con amigas como yo, que mataban el tiempo estudiando cualquier cosa a la espera de que sucediera

algo. Y sabía que en la escuela secundaria me había faltado muy poco para triunfar como atleta. Tenía buen estilo saltando vallas. Pero por más que me entrenara y practicara, no podía rebajar aquellas dos últimas décimas de segundo. Había ganado con frecuencia, casi siempre, hasta el día del gran Invitational Open en el Astro— dome. Y dos décimas de segundo pueden parecer cincuenta kilómetros cuando se ha saltado la última valla y se tiene delante a una aspirante olímpica que se lanza hacia la meta.

Alton seguía insistiendo y lo que decía sonaba bien. Tendría un objetivo en la vida, mi trabajo tendría sentido. Basta de servir helados de chocolate y cantar «Cumpleaños feliz».

Conocí a Jim el día que me aceptaron. Seguí a Alton a través de una hilera de escritorios ocupados por secretarias apenas mayores que yo. Me dejó en una oficina, sentada junto a una pared cubierta de títulos honoríficos de todas las organizaciones cívicas conocidas y de otras que no había oído mencionar en mi vida.

A los pocos minutos llegó Jim Raynor. Nunca había visto un policía como él. Era alto y esbelto y vestía un traje impecable verde oliva. El pelo, negro y rizado, le llegaba casi hasta los hombros. Y sus ojos profundos eran de un azul tan pálido que parecían casi blancos alrededor de las pupilas, los iris rodeados de una especie de halo azul grisáceo con destellos verde ámbar.

Cuando se inclinó sobre el escritorio para estrechar mi mano, se le abrió la chaqueta y vi que llevaba una sobaquera. Me bastó ver su sonrisa, sentir su palma seca y cálida contra la mía, para percibir su vehemencia. Era capitán, jefe de la Brigada de Investigación Criminal, y la confianza que tenía en sí mismo era asombrosa. Su aplomo era tal que me hizo creer que estaba al tanto de todo y que lo tenía todo bajo control.

La misión que tenía en mente para mí era como agente de estupefacientes. En Pasadena, Texas, con algo menos de cien mil habitantes, la droga empezaba a hacer estragos. El Departamento de Policía tenía que ocuparse del problema. Comprimida contra el límite este de Houston, como una angosta franja de tierra desde su ángulo sudoriental hasta la orilla de la bahía de Galveston, Pasadena era más una ciudad pequeña que un suburbio.

En la calle yo era una perfecta desconocida. Ignoraba el comportamiento y la jerga de la policía. Y era una mujer. Exactamente lo que buscaban. Ni pintada, dijo Jim. Como hecha a medida para el asunto.

Yo no sabía si estaría a la altura de la misión, pero lo que tenía muy claro es que estaba harta de vender helados y de sentarme en un aula para escuchar a unos profesores que se aburrían con sus propios discursos. Quería intentarlo.

Aparentaba ser lo que era: una atleta. Había heredado el pelo rubio y los ojos verdes de mi madre, y el hoyuelo en el mentón de mi padre. Aunque no lo parecía, era muy fuerte. Seguía corriendo diariamente y era capaz de levantar el equivalente de mi propio peso, poco menos de sesenta kilos. Parecía más joven de lo que era, hasta el punto de que en las raras ocasiones en que bebía una cerveza en un lugar público, tenía que demostrar mi edad.

La sensación de miedo que me embargó cuando Jim dijo que la misión podía ser peligrosa fue muy agradable. Allá afuera, en las calles, sucedían cosas que me permitirían recuperar esa emoción que sentía cuando hincaba la rodilla en la línea de salida, lista para echarme a correr, para estallar. Quería experimentar el riesgo, la emoción. Y aunque Pasadena no fuera Houston ni Nueva York, estaba ahí y podía empezar al cabo de dos semanas.

Demasiado ingenua para frenarme y recapacitar, demasiado joven para pensar en las consecuencias, mi avidez era patética. «Sí, lo haré, quiero hacerlo», dije como una idiota.

Como la jovencita ignorante, necia, optimista y confiada que era. Quería ese trabajo.

Jim me llevó al polígono de tiro para enseñarme a disparar. Nunca había tocado un arma antes de aquella tarde calurosa y húmeda de abril, pero Jim era buen maestro. Disparé un centenar de veces y sólo erré cuatro, y por pocos centímetros. Jim sacó la hoja del blanco y contempló los impactos agrupados en la zona abdominal de la silueta con forma humana.

—Buen pulso —dijo—. Tienes un control extraordinario del arma. No te desvías a un lado como la mayoría de los principiantes.

Hizo un rollo con el papel mientras nos dirigíamos a su Plymouth, y cuando iba a abrir la portezuela, él se me adelantó.

—Confío en ti —dijo—. Serás una policía de primera. Pero cuando estés conmigo, espero que me permitas comportarme como un caballero. Abrió la puerta, esperó a que me sentara y la cerró con cuidado. Mientras observaba por el espejo retrovisor cómo guardaba la diana en el maletero del coche se me ocurrió pensar que todas las citas que había tenido en la escuela y en la universidad habían sido con muchachos muy jóvenes.

Dio la vuelta y se asomó por la ventanilla del conductor.

—Y bien —dijo—, ¿qué eran todas esas tonterías que decías en tu solicitud de que te habías fumado un par de canutos cuando ibas a la escuela?

—Lo probé unas cuantas veces —dije—. Todos los alumnos lo hacían.

—Esto queda entre tú y yo. Puedes hablar sin tapujos.

—No fue más que eso —dije—. Tres o cuatro veces.

Abrió bruscamente la puerta y se deslizó ante el volante; luego se inclinó hacia mí para abrir la guantera. Sacó